

# LA VISITA DEL GENERAL DE GAULLE A MÉXICO: EL DESENCUENTRO FRANCOMEXICANO

SOLEDAD LOAEZA

ENTRE EL 16 Y EL 19 de marzo de 1964 el general De Gaulle, presidente de la República francesa, realizó una visita oficial a México que dejó una huella perdurable. Muchos recuerdan todavía la frase final del discurso que pronunció el día de su llegada desde uno de los balcones de Palacio Nacional: “He aquí, pues, lo que el pueblo francés propone al pueblo mexicano: marchemos la mano en la mano”.<sup>1</sup>

El presidente De Gaulle hacía esta invitación a los mexicanos en un momento particularmente difícil para América Latina. A raíz de la llegada de Fidel Castro al poder, se había iniciado uno de esos periodos excepcionales en las relaciones entre Estados Unidos y la región latinoamericana, en que consideraciones de seguridad militar “reales o imaginadas”, acrecientan el interés de aquel país por el área.<sup>2</sup> En términos internacionales este cambio significaba el estrechamiento de los márgenes de autonomía para los países que pretendieran diversificar sus opciones en política internacional, y la intensificación de la intolerancia de Washington frente a cualquier ejercicio político independiente por parte de los países inscritos en su zona de influencia, en vista de que desde finales de 1960 la radicalización de la Revolución cubana había acarreado la inserción plena de América Latina en el corazón de la rivalidad soviético-norteamericana.

La reorientación de los intereses estratégicos estadounidenses afectó en particular el proyecto de política exterior del presidente Adolfo López Mateos, quien desde los primeros meses de su gobierno (1958-

<sup>1</sup> Para el texto del discurso véase “Jornadas nacionales”, *Tiempo*, 23 de marzo de 1964, vol. XLIV, núm. 1142, pp. 3-28.

<sup>2</sup> Abraham Lowenthal y Gregory Treverton, “La formulación de políticas norteamericanas hacia América Latina: algunas proposiciones especulativas”, en *Foro Internacional*, vol. XIX, núm. 4, abril-junio, 1979.

1964) se propuso desarrollar una política de diversificación de las relaciones exteriores de México, con el fin de escapar a la hipoteca de la vecindad con Estados Unidos. Durante su gestión el país cobró una presencia internacional novedosa.

A diferencia de sus antecesores, López Mateos no limitó sus actividades en este terreno a la relación bilateral con Estados Unidos, y tampoco se concentró de manera exclusiva en la región latinoamericana. Experiencias como la intervención de Washington en el derrocamiento del presidente progresista de Guatemala, Jacobo Arbenz, en 1954, habían ilustrado dramáticamente tanto la vulnerabilidad a los fantasmas como las exigencias del líder del "mundo libre", Estados Unidos, de mantener una América Latina aislada en un esquema interamericano. En consecuencia, el presidente López Mateos viajó a varios países de la región, de Europa y de Asia, y en distintos foros internacionales defendió la voluntad de México de preservar sus principios históricos de política exterior de no intervención y libre autodeterminación.

Pese a que la política exterior lopezmateísta pretendía escapar a los condicionamientos que imponía la bipolaridad vigente, jamás se propuso enfrentarse a Estados Unidos en forma explícita, ni mucho menos sustraerse a la pertenencia estratégica al bloque de los países occidentales. Aun cuando entabló relaciones amistosas con líderes importantes del Movimiento de Países No Alineados, como Yugoslavia, la India o Indonesia, nunca se comprometió con posiciones de defensa anti-imperialista.

No obstante su cautela, el gobierno lopezmateísta tuvo que enfrentar numerosas presiones no sólo de Washington sino de grupos que en México sospechaban de su política de independencia en momentos de crisis internacional. Estos desacuerdos y las vicisitudes de la política exterior estadounidense después de la crisis de los proyectiles de octubre de 1962 y del asesinato del presidente John F. Kennedy en noviembre de 1963, obligaron a López Mateos a abandonar su proyecto antes del fin de su mandato.

El desencanto de la política exterior mexicana se había producido meses antes de la visita del general De Gaulle. Justo cuando el gobierno francés se lanzaba a la defensa de una Tercera Posición en política internacional e iniciaba la política antibloques que tanta irritación habría de causar a su aliado norteamericano, el gobierno de México tocaba la retirada, después de haberse topado con los límites de una acción independiente en el exterior. Así, los acercamientos entre Francia y México y las visitas que intercambiaron los respectivos jefes de Estado, en 1963 y 1964, no produjeron el apoyo político mutuo que se hubiera podido esperar de la coincidencia de temas y de objetivos de política

internacional, que parecía desprenderse de una común rebeldía contra las restricciones de la bipolaridad. De esta manera se produjo un desencuentro entre ambos países: Francia proponía en México una Tercera Posición, en cierta forma similar a la que este país había buscado algunos meses antes, pero que se había visto forzado a abandonar por las restricciones que imponía un contexto internacional que no admitía diversidades.

Para seguirle la pista a este desencuentro francomexicano de marzo de 1964, primero se tratará la política de independencia del gobierno lopezmateísta, sus orígenes, objetivos y limitaciones; en segundo lugar, se hablará de la política antibloques del general De Gaulle y del lugar que le correspondía a América Latina en ese diseño y, por último, se tratará de evaluar el significado de la visita para ambos países.

#### LA POLÍTICA DE INDEPENDENCIA DE ADOLFO LÓPEZ MATEOS

La evaluación de la política exterior del gobierno del presidente Adolfo López Mateos ha estado dominada por la idea de que la Revolución cubana impulsó a México a promover y sustentar posiciones nacionalistas en el exterior, como reacción al hostigamiento de Washington contra el gobierno de Fidel Castro.<sup>3</sup>

La división del mundo en dos bloques rivales al término de la Segunda Guerra Mundial solamente agravó el aislamiento de América Latina con respecto a regiones extracontinentales y, por consiguiente, su vulnerabilidad al imposicionismo de Washington. Sin embargo, en 1945 la victoria y el entusiasmo de la reconstrucción del orden internacional habían hecho creer a los países del área que estaban ante la oportunidad de formular nuevas reglas para ajustar sus relaciones con Estados Unidos a los objetivos generales de libertad, democracia y crecimiento económico. Este optimismo inspiró su apoyo al proceso de regionalización de la política internacional que en este caso se concretó en la conclusión, primero, del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca de 1947 —que algunos consideran el primer pacto militar de la posguerra— y luego, de la Organización de Estados Americanos, fundada en 1948.

Contrariamente a las expectativas de los países latinoamericanos, ninguno de estos acuerdos fue instrumento neutro de cooperación hemisférica, sino que en poco tiempo empezaron a ser utilizados por

<sup>3</sup> Véase, por ejemplo, Olga Pellicer de Brody, *México y la Revolución cubana*, México, El Colegio de México, 1972.

Washington para controlar la zona.<sup>4</sup> El sistema interamericano estaba sujeto a la doctrina de la “soberanía limitada”, la cual sustentaba el intervencionismo característico de la política estadounidense en la región, con el argumento de que la Guerra Fría obligaba a las dos superpotencias, Estados Unidos y la Unión Soviética, a preservar la seguridad de sus respectivas áreas de influencia en un contexto de enfrentamiento ideológico, en el que “. . . las fronteras geográficas nacionales venían a ser en gran medida obsoletas y se habían sustituido por fronteras ideológicas para efectos de seguridad.”<sup>5</sup> En estos términos se justificó la intervención norteamericana en Guatemala en 1954, el hostigamiento contra Cuba en 1962 y 1964, y la invasión a la República Dominicana en 1965.

A diferencia de otros países latinoamericanos, y por razones históricas obvias que nos refieren a los conflictos entre Estados Unidos y México en el siglo XIX, este país siempre miró con recelo los acuerdos interamericanos, y los aceptó únicamente en la medida en que podían servir para imponer ciertos límites a la hegemonía estadounidense en el área. Su desconfianza frente a los arreglos continentales de la posguerra se acrecentó conforme se fue evidenciando la verdadera naturaleza del sistema interamericano como principal vehículo de la influencia diplomática y política de Washington.

Las divergencias de percepción entre México y los demás países de la región a ese respecto fueron muy claras, por lo menos hasta finales de los años sesenta. En ese periodo, el gobierno mexicano fue el único que no votó sistemáticamente en apoyo de las posiciones norteamericanas en los organismos internacionales. Su defensa de la no intervención, tanto en América Latina como en Europa, donde condenó la política soviética en Hungría en 1956 y en Checoslovaquia en 1968, lo colocó siempre en posiciones de excepción que se fundaban en una mayor independencia relativa que la de otros países del hemisferio frente a Estados Unidos.

#### EL ANTECEDENTE GUATEMALTECO

Guatemala fue la primera víctima del alcance del sistema interamericano como instrumento de la hegemonía de Washington en la región

<sup>4</sup> Véase, por ejemplo, Mario Ojeda, *Alcances y límites de la política exterior de México*, México, El Colegio de México, 1976, pp. 24-25. Véase también Rosario Green y Clau-de Heller, “Surgimiento y proyección del Tercer Mundo: de Bandung a los ochenta”, en *Foro Internacional*, vol. XXI, núm. 2, octubre-diciembre, 1980, pp. 161-193.

<sup>5</sup> Ojeda, *op.cit.*, p. 45.

latinoamericana. En marzo de 1954, el gobierno del presidente Eisenhower, por medio de su secretario de Estado, John Foster Dulles, propuso ante la X Conferencia Interamericana que se celebraba en Caracas, que se votara una resolución de condena a la “infiltración comunista” en América Latina, pues —según él— era una amenaza a la unanimidad del apoyo hemisférico al bloque occidental. Aunque Guatemala no fue mencionada específicamente, era evidente que la denuncia estaba dirigida contra su gobierno. Añadía la resolución que el instalar un régimen comunista en cualquier país latinoamericano representaba un peligro que obligaba a recurrir a los mecanismos de seguridad colectiva. De esta manera, la doctrina de la soberanía limitada abría la puerta para que el principio de no intervención, que había sido la base del panamericanismo y cuyo antepasado remoto era la Doctrina Monroe, evolucionara hacia el principio de intervención.<sup>6</sup> Esta resolución fue votada mayoritariamente con la oposición guatemalteca y la abstención de México. La importancia de este antecedente reside en que sentó las bases para justificar el involucramiento estadounidense en el golpe militar que con la colaboración de países vecinos y el respaldo de la Agencia Central de Inteligencia, CIA, provocaría la caída del gobierno de Arbenz en el mes de junio siguiente.<sup>7</sup>

Aunque Washington siempre sostuvo que el origen del conflicto con Guatemala era la influencia comunista en el gobierno de ese país, las tensiones se produjeron en primer lugar con motivo de las políticas nacionalistas de Arbenz, en particular la reforma agraria que afectó las propiedades de la United Fruit. Sin entrar aquí en un análisis de la crisis guatemalteca, este caso puede entenderse como un ejemplo de la manera en que la globalización de la política internacional que había provocado la Guerra Fría, según Raymond Aron, tendía a borrar las fronteras entre lo externo y lo interno.<sup>8</sup> Es decir, en el contexto de polarización de los años cincuenta, el conflicto internacional penetraba las distintas realidades nacionales y las modificaba para hacerlas a su imagen y semejanza, de suerte que un conflicto tradicional de intereses entre un gobierno y una compañía extranjera, se traducía en un conflicto entre democracia y comunismo.<sup>9</sup>

<sup>6</sup> Tulio Halperin Donghi, *Historia contemporánea de América Latina*, Madrid, Alianza Editorial, 10a. ed., 1983, p. 376.

<sup>7</sup> Véase Stephen Schlesinger y Stephen Kinzer, *Bitter Fruit. The Untold Story of the American Coup in Guatemala*, Nueva York, Doubleday, 1982.

<sup>8</sup> Véase la discusión a propósito del sistema internacional y los sistemas regionales en Raymond Aron, *Paix et guerre entre les nations*, París, Calmann-Lévy, 1a. ed., 1962, pp. 390-395.

<sup>9</sup> Para el análisis de un fenómeno similar, pero referido al caso de México, véase

ADOLFO LÓPEZ MATEOS: UN PROYECTO NACIONALISTA  
EN BUSCA DE UN CONTEXTO GLOBAL

El éxito de la operación encubierta contra el gobierno guatemalteco, *Operation Success*, fue una muestra del nuevo tipo de recursos que la Guerra Fría había puesto en manos de Estados Unidos para deshacerse de interlocutores indeseables y afianzar su hegemonía en América Latina. Al menos ésa parece haber sido la lectura que Adolfo López Mateos hizo de esa experiencia. Desde su campaña electoral en 1958, y durante los primeros meses de su gobierno, manifestó la conciencia de los riesgos que encerraba la posibilidad de que Estados Unidos utilizara las tensiones internacionales para reforzar su dominio sobre los países latinoamericanos; o de que intentara justificar una mayor injerencia en los asuntos internos de éstos con el pretexto de una supuesta conjura comunista. Desde esta perspectiva, el dinamismo de su política exterior, expresado en una apretada agenda de actividades internacionales, se explica como una táctica destinada a romper el cerco del sistema interamericano en busca menos de una Tercera Posición que de un margen más amplio de maniobra, de un contexto general, mundial, dentro del cual ubicar las diferentes acciones de su gobierno, como medida de protección frente a las presiones estadounidenses.

En el origen de la política exterior lopezmateísta encontramos, además de la experiencia guatemalteca, motivaciones de política interna. Entre 1957 y 1958, el Partido Revolucionario Institucional, en el poder desde 1929, se enfrentaba a una situación interna cercana a la crisis. Algunos observadores hablaban desde entonces del dilema del crecimiento mexicano que después de casi quince años de estabilidad y expansión sin inflación, había generado desequilibrios sociales y económicos que reclamaban un remedio urgente, en vista de que su agravamiento hacía temer estallidos cuyas consecuencias podían ser imprevisibles. La fragilidad de los equilibrios sociales también se expresaba, por una parte, en fracturas al interior de la élite gobernante, entre quienes se consideraban fieles a las políticas sociales y nacionalistas de la Revolución mexicana y quienes defendían un proyecto de modernización liberal y, por la otra, en las crecientes protestas de distintos grupos contra el monopolio del poder y la antidemocracia del régimen.

Ante esta situación altamente volátil, el gobierno lopezmateísta propuso una alternativa que ya había sido probada con éxito para sal-

var las divisiones que amenazaban la estabilidad interna y restaurar el consenso: el nacionalismo, que se presentaba también como una tercera posibilidad frente a la oposición comunismo/democracia. Sin embargo, a finales de los cincuenta esta opción ya no parecía ideológicamente neutra. El contexto internacional había alterado el significado del nacionalismo y lo había convertido en una fuente rica de sospechas para Washington, como lo había podido confirmar el presidente guatemalteco años antes. En el gobierno estadounidense no eran pocos los que pensaban que podía ser utilizado y explotado por grupos hostiles a su país “. . . para favorecer el avance de los objetivos de Guerra Fría de la Unión Soviética”, como lo expresaba en 1959 un documento del senado norteamericano.<sup>10</sup>

Esta perspectiva se fue estrechando a medida que se profundizaba la rivalidad soviético-norteamericana, para hacer crisis con la Revolución cubana. A ese mismo ritmo se fueron debilitando las posibilidades de éxito del proyecto del presidente López Mateos que, con todo, siempre fue extraordinariamente cauteloso. Aun cuando al inicio de su gobierno insistió en defender una tercera vía distinta a “los imperialismos”, sus declaraciones evitaban denuncias específicas o recriminaciones precisas. El gobierno mexicano no abandonó la prudencia ni siquiera cuando la maquinaria del sistema interamericano se puso en funcionamiento en contra de Cuba, aunque mantuvo sus tradicionales posiciones antiintervencionistas y se opuso, primero en 1962, a la expulsión de ese país de la Organización de Estados Americanos y luego, en 1964, fue el único gobierno de América Latina que no rompió relaciones con el de Fidel Castro.

Por otro lado, López Mateos siempre trató de transferir los conflictos entre Estados Unidos y los países latinoamericanos a la Organización de las Naciones Unidas (en vez de la OEA), donde existía la posibilidad de que otros gobiernos hicieran contrapeso al predominio de Washington. En 1954, por ejemplo, los guatemaltecos lograron introducir el tema de la agresión norteamericana en la agenda del Consejo de Seguridad, donde en forma unánime se votó una resolución presentada por Francia que pedía a los miembros de la ONU que se abstuvieran de contribuir a cualquier acción que pudiera provocar un derramamiento de sangre. Éste fue el único apoyo internacional al gobierno de Arbenz. Sin embargo, en el caso cubano Estados Unidos impidió con eficacia la intervención del organismo mundial. No fue sino hasta 1965,

<sup>10</sup> Véase Committee on Foreign Relations, U.S. Senate, *United States-Latin American Relations. Post World War II Political Developments in Latin America*, Washington, Government Printing Office, 1959, p. 14.

cuando la invasión estadounidense a la República Dominicana, que Naciones Unidas intervino por segunda vez en una crisis hemisférica.

A pesar de que los críticos conservadores del lopezmateísmo interpretaban la aparente defensa de la Revolución cubana como muestra de una peligrosa identificación ideológica con el régimen de Fidel Castro, las motivaciones de dicha política eran de índole estrictamente nacionalista, en el sentido de que la defensa de la no intervención en otros países era una manera de defender la propia autodeterminación. Tanto así que, a diferencia de la política exterior del presidente Luis Echeverría (1970-1976) que también sería muy activa, López Mateos nunca intentó ejercer un liderazgo internacional. Los argumentos que esgrimió en cada uno de los casos en que se opuso al imposicionismo norteamericano eran de orden jurídico o procesal; mostró simpatía hacia el Movimiento de los Países No Alineados, pero nunca se planteó siquiera la posibilidad de pertenecer a él, y jamás puso en duda la adhesión de México al bloque occidental.<sup>11</sup>

Por ejemplo, en marzo de 1963 el presidente López Mateos visitó Yugoslavia. Ahí pronunció un discurso en el que expuso su convicción anticolonialista, y también que era preciso promover políticas de ayuda al desarrollo, condiciones más equitativas de comercio internacional y un "desarme racionalmente convenido". Pero al mismo tiempo señaló las muchas diferencias que mediaban entre la experiencia revolucionaria mexicana y la yugoslava, y rechazó el neutralismo, indicando que "... los pueblos de Yugoslavia y sus dirigentes mantienen sobre estas cuestiones una posición similar o parecida a la nuestra", sugiriendo que las afinidades no constituían una identidad política entre los dos países.<sup>12</sup> Asimismo, aun cuando su comportamiento en el ámbito interamericano fue siempre de apoyo al gobierno cubano, este respaldo no se tradujo en un fortalecimiento de la relación bilateral.<sup>13</sup>

La propuesta nacionalista de Adolfo López Mateos sufrió las distorsiones que le imponía la coyuntura creada por la Revolución cubana. Para que su llamado fuera creíble, primero tenía que fijar forzosamente una distancia con respecto a las políticas estadounidenses, y defender posiciones independientes. Pero por otra parte, como tam-

<sup>11</sup> Véase Mario Ojeda, *México: el surgimiento de una política exterior activa*, México, Secretaría de Educación Pública, Foro 2000, 1986, pp. 34-38.

<sup>12</sup> Adolfo López Mateos, "Discurso pronunciado durante el banquete que ofreció el mariscal Tito, presidente de Yugoslavia. Belgrado, Yugoslavia, 30 de marzo de 1963", en Lourdes Celis, Catherine Macotela, Rosario Rico, et al., *Historia de la acción pública: Adolfo López Mateos. 1958-1964. I. Las ideas*, México, PRI, Fondo para la Historia de las Ideas Revolucionarias de México, 1978, pp.406-412.

<sup>13</sup> Véase Pellicer de Brody, *México y la Revolución. op. cit.*, pp. 18-31.



co se había propuesto romper la dependencia mexicana de Estados Unidos, ese distanciamiento estaba exento de una auténtica hostilidad. Quizá una de las mayores debilidades de esta política era que tampoco ofrecía una alternativa real a la diferenciación política frente a Washington, sino que pretendía conservar la total autonomía mexicana con respecto al exterior y mantenerse libre de compromisos, en una suerte de autarquía política que no tenía más fundamento que el derecho y la fuerza moral de la no intervención.

Así se creó el peor de todos los mundos: por un lado, López Mateos pensaba que la causa de la independencia nacional podía ayudarle a restaurar un consenso interno desgastado por el autoritarismo y las querellas del poder. Pero por otro lado, en la coyuntura esa causa ponía en entredicho el apoyo de empresarios nacionales y extranjeros, cuyas inversiones eran cruciales para la economía y que veían con malos ojos el distanciamiento mexicano de Washington, en un momento en que tal movimiento era interpretado automáticamente como un acercamiento a la Unión Soviética. Así, el proyecto lopezmateísta quedó atrapado en el juego suma-cero que era la política de bloques de la Guerra Fría.

Las sospechas que despertaba la política de independencia causaron profundos estragos en el ámbito interno. Las simpatías iniciales que manifestó el gobierno mexicano hacia la Revolución cubana estaban dirigidas al movimiento nacionalista que podía tener algunas similitudes con su propia experiencia. No obstante, este apoyo provocó intensas reacciones en el seno de grupos conservadores de las clases medias, organizados en torno a asociaciones vinculadas con la Iglesia Católica y la empresa privada. En ese medio se formó una poderosa coalición que logró movilizar a amplios sectores de opinión en contra de algunas medidas gubernamentales que fueron denunciadas como comunistas. Este conflicto se desarrolló plenamente en el campo educativo, donde las propuestas de reforma del gobierno se toparon con un movimiento de protesta independiente, organizado como un combate anticomunista de defensa de la nación.<sup>14</sup> A la situación de inestabilidad creada por la polarización izquierda/derecha que inducía el contexto internacional, se añadieron las presiones del sector privado que se negó a invertir en tanto no hubiera recibido garantías de la filiación ideológica y política del gobierno a la democracia liberal, el capitalismo y Washington.

De esta manera, aunque el gobierno no depuso sus posiciones anti-intervencionistas en los foros internacionales, poco a poco fue abando-

<sup>14</sup> Véase Loacza, *op. cit.*, pp. 278-338.

nando la idea de una Tercera Posición, para insistir en su fidelidad al bloque occidental. Así, en la Reunión de Cancilleres de Punta del Este en enero de 1962, el secretario de Relaciones Exteriores, Manuel Tello, afirmó que existía una “incompatibilidad real” entre la pertenencia a la OEA y “una profesión política marxista-leninista”, y añadió:

... Con la misma energía con que defendemos el derecho de autodeterminación de los pueblos, del pueblo cubano, [. . .] sostenemos que es inconciliable la calidad de miembro de nuestra organización con la adopción de un régimen de gobierno cuyas características no son las de las democracias representativas.<sup>15</sup>

Además de la movilización conservadora que amenazó el conformismo sobre el cual descansaba el autoritarismo mexicano, dos acontecimientos de política internacional obligaron al gobierno a definir sus preferencias ideológicas sin ambigüedades. El primero fue la visita a México del presidente John F. Kennedy y su esposa en junio de 1962, durante la cual la población de la ciudad de México se volcó en manifestaciones de simpatía y admiración a la joven pareja, y cuya conclusión fue un comunicado conjunto en el que, sin mencionar a Cuba, ambos gobiernos se comprometieron a fortalecer las instituciones democráticas y a “oponerse a las instituciones totalitarias y a las actividades que sean incompatibles con los principios democráticos que [los gobiernos] mantienen”.<sup>16</sup>

El segundo acontecimiento fue la crisis de los proyectiles de octubre de 1962, provocada por el emplazamiento de armas ofensivas soviéticas en Cuba. En esa ocasión, México apoyó sin titubeos la posición de Washington, incluida la posibilidad de recurrir al uso de la fuerza. No obstante, aun cuando aprobó el bloqueo a la isla, logró introducir una reserva en la resolución condenatoria de la OEA, en el sentido de que este voto no justificaba un ataque armado a Cuba.

El alineamiento político e ideológico final del gobierno de López Mateos tranquilizó los ánimos en el interior del país y fue recompensado con mayor confianza por parte de la iniciativa privada. Paulatinamente se fue recuperando la economía, gracias al flujo de inversiones y al efecto desmovilizador de una política inequívoca con respecto a Estados Unidos. Cuando en marzo de 1963 el presidente López Mateos visitó París, expuso nuevamente los principios de la política exterior

<sup>15</sup> “Discurso del secretario de Relaciones Exteriores, Manuel Tello, en la Reunión de Cancilleres de Punta del Este, Uruguay, 24 de enero de 1962”, en Celis. Macotela, Rico, *et al.*, *op. cit.*, p. 651.

<sup>16</sup> *Ibid.*, pp. 374-378.

mexicana: la no intervención, la libre autodeterminación, la independencia y el respeto. Pero además sostuvo que:

... Sobre la base de tales principios, la amistad de nuestros países puede afirmarse duraderamente, pues no buscamos en esa amistad un punto de apoyo contra nadie, sino una colaboración para el bien de todos.<sup>17</sup>

Y propuso que se hablara con franqueza de las relaciones culturales, sociales y económicas entre los dos países. Este sería también el tono dominante de la visita del presidente De Gaulle a México un año después.

#### EL LUGAR DE AMÉRICA LATINA EN LA POLÍTICA ANTIBLOQUES DEL PRESIDENTE DE GAULLE

La política del presidente De Gaulle hacia los países del Tercer Mundo estuvo dictada por dos consideraciones generales: la primera se refiere a la convicción de que a Francia le tocaba un papel singular en la política internacional, en vista del liderazgo moral que derivaba de su fuerza cultural; y, en segundo lugar, la idea de que un equilibrio bipolar como el que prevalecía a principios de los años sesenta era esencialmente inestable. La política antibloques era una derivación natural de ambas premisas.

No obstante que en la trayectoria política del general De Gaulle poco o nada hubiera dejado esperar un acercamiento con los países del Tercer Mundo, la identificación de los intereses de este nuevo actor internacional con los de Francia se convirtió en un punto crucial de su rechazo a las "hegemonías". Esto significa que su política en este respecto era instrumental, un acercamiento táctico, en vista de objetivos mucho más ambiciosos que la mera cooperación para el desarrollo. Tanto así que su compromiso con el Tercer Mundo sigue una trayectoria paralela a la de sus relaciones con la Alianza Atlántica y con Europa. La intensidad de los esfuerzos diplomáticos en esa área, y de la presencia francesa en diferentes países de América Latina, Asia y África se inicia una vez que —resuelta la crisis argelina en 1962— Washington rechaza la propuesta del presidente De Gaulle de crear un Directorio Atlántico, y aumenta en forma significativa entre 1962 y 1968, que son también los años de más fricciones y falta de comprensión con

<sup>17</sup> "Discurso pronunciado por Adolfo López Mateos en su visita a París, el 26 de marzo de 1963", en Celis, Macotela, Rico, *et al.*, *op cit.*, p. 401.

los gobiernos de John F. Kennedy y Lyndon B. Johnson, respectivamente.<sup>18</sup>

Desde 1955 se había hecho presente en el escenario internacional una doctrina afroasiática, nacida de las experiencias de descolonización de los antiguos territorios europeos en esos continentes. Ésta proponía una línea de política exterior original y distinta de la que dictaba el “duopolio” soviético-norteamericano. El afroasiatismo, esbozado por primera vez de manera coherente en la Conferencia de Bandung, quería ser “portador de una nueva moral internacional”.<sup>19</sup> En la práctica este objetivo se expresó en la defensa de una Tercera Posición en la política mundial y en el rechazo a la bipolaridad. No obstante las múltiples diferencias que separaban a Francia de esos países, estos últimos habían encontrado en el tema de la independencia nacional una base de homogeneidad, que se convirtió también en la plataforma de la política francesa respecto al Tercer Mundo.

El mensaje de De Gaulle a estos países los animaba a escapar a la fatalidad bipolar por medio de relaciones más estrechas con Francia y con Europa en general, o a intensificar sus mutuas relaciones más allá de la influencia o los dictados de las superpotencias. El atractivo de su discurso era poderoso en ese momento, sobre todo porque el gobierno francés se presentaba como una democracia occidental liberal, dispuesta a tratar con todos los Estados, independientemente de su forma de gobierno.<sup>20</sup> Era ésta una actitud de respeto a la autodeterminación muy apreciada por países que, como los latinoamericanos, encontraban sus opciones de desarrollo limitadas por la intolerancia norteamericana; o, por las antiguas colonias europeas que apenas habían accedido a la independencia y necesitaban afirmar su soberanía.

A pesar de que el mensaje gaullista denunciaba en principio ambas hegemonías, en la realidad, y en virtud de la dinámica de las relaciones franco-norteamericanas, la crítica antibloques fue tomando un marcado tono antiamericano, sobre todo porque se combinaba con las crecientes diferencias que separaban a Francia y Estados Unidos en materia estratégica y financiera. Es cierto que en los momentos de aguda crisis internacional habían prevalecido los intereses comunes de defensa del “mundo libre”; por ejemplo en 1960, cuando tuvo que suspen-

<sup>18</sup> Edward A. Kolodziej, *French International Policy Under De Gaulle and Pompidou. The Politics of Grandeur*, Londres, Cornell University Press, 1974, pp. 450-452.

<sup>19</sup> Véase Charles Zorgbibe, “De Gaulle et le Tiers Monde: orientations générales”, en Institut du Droit de la Paix et du Développement et Institut Charles De Gaulle, *De Gaulle et le Tiers Monde*, París, Éditions A. Pedone, 1984, p. 163.

<sup>20</sup> Kolodziej, *op.cit.*, p. 452.

derse la Conferencia Cumbre de París a consecuencia de las protestas soviéticas por las actividades de espionaje de la aviación estadounidense, De Gaulle respaldó plenamente al presidente Eisenhower. Más adelante, en octubre de 1962, también apoyó a Washington sin cortapisas porque, según su ministro de Relaciones Exteriores Maurice Couve de Murville: “. . . estaba en juego lo esencial, es decir la paz y la libertad.”<sup>21</sup> A pesar de que el presidente Kennedy tomó todas las decisiones al respecto sin consultar a los miembros de la Alianza Atlántica.

La creciente intervención de Estados Unidos en el sureste asiático fue motivo de numerosas críticas por parte del gobierno francés y, según Couve de Murville, se convirtió en el único tema de las discusiones franco-norteamericanas durante los años del gobierno del presidente Johnson. Desde la perspectiva gaullista, esta política estaba dictada por un expansionismo ciego, que hacía de Estados Unidos una gran amenaza para la paz. El 1º de septiembre de 1966, el presidente De Gaulle pronunció un discurso de grandes repercusiones en Phnom Penh, donde demandó el retiro de las tropas estadounidenses del área, después de afirmar que la solución militar era imposible y que la única salida posible al conflicto era de orden político.<sup>22</sup>

No obstante, el grado de compromiso que el presidente francés mostró en este caso en particular era excepcional, en vista de los vínculos de su país con esa región. Su oposición a la política norteamericana en esta parte del mundo puede incluso entenderse como un conflicto de áreas de influencia, porque si bien es cierto que Francia no contaba ya con los recursos para mantener un imperio, también es cierto que su política de cooperación era una alternativa para mantener vigente su presencia económica, cultural y, desde luego, política, en las antiguas colonias. No en balde su interés y los recursos que destinó al Tercer Mundo estuvieron concentrados en esas mismas regiones.

Por otra parte, el impacto del mensaje gaullista fue distinto en Asia, África y América Latina. Podría diseñarse una “escala de intensidad” que empezaba en el “vínculo carnal” que unía a Francia con África subsahariana y los centros francófonos, pasaba a grados muy significativos en el mundo árabe; luego a la recuperación de las continuidades en la península Indochina; hasta llegar a la influencia más

<sup>21</sup> Maurice Couve de Murville, *Une politique étrangère. 1958-1969*, París, Plon, 1971, p. 119.

<sup>22</sup> Véase Philippe Devillers, “Le Général De Gaulle et l’Asie”, en Institut du Droit de la Paix et du Développement et Institut Charles De Gaulle, *De Gaulle et le Tiers Monde*, *op. cit.*, pp. 299-327.

bien superficial que pudo ejercer en América Latina en virtud de las restricciones de la geopolítica.

En esta región es donde aparece con más claridad el profundo realismo del diseño gaullista. La política global francesa proyectaba una imagen ambigua en la ejecución de sus objetivos. Había una extraordinaria disparidad entre las muy ambiciosas metas nacionales que se había fijado Francia y los limitados recursos con que contaba: apenas empezaba a cosechar los frutos de la reconstrucción económica que había llevado a cabo la IV República, al tiempo que se recuperaba de las heridas de la guerra de Argelia. Sin embargo, en la práctica la política global siempre fue pragmática, supo hacer ajustes tácticos y movimientos oportunos, en espera quizá de que sus rivales en ese plano se debilitaran y dejaran el espacio libre para que se desarrollara la opción francesa.

En la política hacia América Latina encontramos esa combinación entre el reconocimiento de las restricciones de la geopolítica, que de alguna manera predeterminaban el destino de los países latinoamericanos, y el deseo de presentarse como una promesa posible, como una alternativa potencial, que podría concretarse en coyunturas más favorables.

La verdad es que no obstante las ambigüedades que se derivaban de esta disparidad, el presidente De Gaulle encontró en América Latina un interlocutor ávido, y así se le mostró en la gran gira que llevó a cabo en el otoño de 1964 cuando visitó Argentina, Bolivia, Chile, Ecuador, Perú y Venezuela. Esta gira causó una profunda impresión en esos países, justamente porque De Gaulle ofrecía la promesa de algo distinto, aunque sin tomar demasiado en cuenta las posibilidades de realización de su promesa. Por esta razón, es probable que la huella más profunda de ese viaje haya quedado impresa en el plano de la imaginación. El mensaje era de índole moral y durante sus apariciones públicas el general logró establecer un contacto con las multitudes que lo recibieron, y lo hicieron sentir, como decía, el "reflejo de las almas",<sup>23</sup> que expresaron, antes que nada, "un acto de fe" latinoamericano en la opción europea.<sup>24</sup>

Aunque los propósitos enunciados del acercamiento podían inscribirse en la política gaullista de extender la cooperación francesa con los países subdesarrollados, aquí el móvil no era la responsabilidad que De

<sup>23</sup> Jean Touchard, *Le gaullisme. 1940-1969*, París, Éditions du Seuil, 1978, p. 202.

<sup>24</sup> Véase Bertrand Florny, "Notes sur le monde latinoaméricain et la France actuelle", *Tiers Monde*, V, vol. 19, julio-septiembre, 1964, pp.427-438.

Gaule pensaba que las antiguas potencias coloniales debían asumir en cuanto al desarrollo de sus posesiones anteriores. En este caso, el presidente francés insistía mucho en la identidad política: la democracia, nacida del hecho de que todas las repúblicas latinoamericanas se reconocían como hijas de la Revolución francesa y por ende como originarias de Europa.

De Gaulle veía en América Latina una de las regiones que con más generosidad se había acogido a la influencia cultural occidental, francesa en particular. A diferencia de los países afroasiáticos, todos los de esta región se identifican con la tradición cristiana y latina, fuente de la "afinidad misteriosa y evidente", según lo afirmó el propio De Gaulle,<sup>25</sup> que acerca a Francia de manera natural y espontánea a Latinoamérica. Al centrar la base de la cooperación francolatinoamericana en estas tradiciones, sugería que, puesto que Estados Unidos no pertenecía del todo a esta comunidad espiritual, su liderazgo no tenía ningún sustento moral. La conclusión de este razonamiento era que en virtud de estas afinidades esenciales, sería lógico que Francia y América Latina actuaran conjuntamente.<sup>26</sup>

Esta oferta causaba enorme irritación en Estados Unidos, como es natural, no obstante que nunca fue más allá de un apoyo moral, que, sin embargo, en todo momento estuvo subordinado a consideraciones geopolíticas siempre presentes en el pensamiento del presidente De Gaulle. Así por ejemplo, si fuera cierto, como lo afirma Jean Touchard, que la política gaullista pretendía desmembrar los bloques,<sup>27</sup> entonces perdió la oportunidad de lograrlo cuando apoyó sin condiciones a Estados Unidos con motivo de la crisis cubana de octubre de 1962 que, según Aron, puso efectivamente en peligro la consistencia del bloque occidental.<sup>28</sup>

## EL DESENCUENTRO

Así pues, la visita del presidente De Gaulle a México se llevó a cabo dentro de un contexto de endurecimiento de la bipolaridad resultado de la crisis cubana y del estrechamiento del cerco interamericano im-

<sup>25</sup> "Discurso pronunciado en Quito, Ecuador, el 24 de septiembre de 1964", citado en Armando Uribe, "Le général De Gaulle et l'Amérique Latine", *De Gaulle et le Tiers Monde*, *op. cit.*, p. 256.

<sup>26</sup> *Ibid.*, p. 257.

<sup>27</sup> Touchard, *op. cit.*, p. 209.

<sup>28</sup> Aron, *op. cit.*, pp. 386-391.

amistad franco-mexicana".<sup>31</sup> Aunque también es posible pensar que la buena disposición a minimizar la intervención francesa se explica porque su intención última, según afirman algunos historiadores, era frenar el expansionismo estadounidense en ascenso.

Ahora bien, el Charles de Gaulle que México recibió en 1964 no era el líder de una política de independencia frente a las hegemonías, ni el disidente de la Alianza Atlántica. En cada acto de la visita las autoridades mexicanas acogían al héroe de 1940, al líder de una nación que había logrado levantarse de la derrota, al defensor de la paz mundial.

El tema central del viaje, además de las afinidades culturales y antes que la resistencia a las presiones contra la autodeterminación, fue la paz. Así, por ejemplo, en el brindis que ofreció al visitante francés, el presidente de México habló sobre todo de los lazos culturales entre los dos países y de la amenaza nuclear que representaban las tensiones soviético-estadunidenses:

No deseamos que nuestra historia se disolviera (*sic*) entre radiaciones atómicas. Por eso consideramos que en esta época nadie debe ser neutral. Nadie debe asumir una actitud pasiva ante el peligro de una nueva guerra. Todos tenemos que esforzarnos por mantener la armonía internacional. . .<sup>32</sup>

En esa misma ocasión, el presidente De Gaulle sostuvo que el acercamiento entre Francia y México, base de una política "de corazón y de razón", era una "política mundial", definición que no podía haber sido agradable para Washington, pero fiel a la recomendación que él mismo había hecho a su embajador en México, añadió:

Tanto más y tanto mejor que ustedes y nosotros no pretendemos, por este nuevo hecho, excluir, ni siquiera reducir, las relaciones, las corrientes, los contactos que nos unen respectivamente a nuestros vecinos y a otros pueblos. . .<sup>33</sup>

La conclusión de la visita fue, primero, la formación de una Comisión mixta de cooperación franco-mexicana y, luego, un comunicado conjunto en el que ambos países subrayaron la comunidad de puntos de vista y de ideales que animan a las naciones "de origen y tradición

<sup>31</sup> "Jornadas nacionales", *Tiempo*, vol. XLIV, núm. 1141, 16 de marzo de 1964, p. 3.

<sup>32</sup> "Discurso pronunciado en Palacio Nacional, 17 de marzo de 1964", citado en *Tiempo*, *ibid.*, p. 14.

<sup>33</sup> *Ibid.*, p. 17.



El deseo de imprimir este tono a la relación francomexicana se había expresado desde la visita que el presidente López Mateos había hecho a Francia en marzo de 1963. Así, en el brindis de honor que presentó a su homólogo francés, afirmó:

... Los primeros embajadores que Francia envió a mi patria no representaban en realidad a ningún gobierno. Eran los representantes de la cultura francesa. Se llamaban Descartes, Molière, Racine, el abate Raynal, Diderot, Voltaire y Rousseau. Sus libros eran sus cartas credenciales. Éstos, leídos con avidez por los inspiradores de la independencia mexicana, han establecido entre nuestros pueblos un verdadero tratado de alianza desprovisto de todo formulismo oficial.<sup>30</sup>

Los mismos temas serían tratados en ambas visitas, los vínculos espirituales entre México y Francia, la identidad política creada por la influencia de las ideas políticas francesas sobre los grandes momentos de la historia mexicana: la Independencia, la Reforma liberal, e incluso la Revolución. Vale la pena contrastar el empeño mexicano —y francés— por subrayar esta identidad con el interés, señalado más arriba, por establecer las diferencias políticas con Yugoslavia, por ejemplo, y desde luego con Cuba, como ocurrió en esos mismos meses. Ante De Gaulle, López Mateos le reconocía a Francia una influencia moral e intelectual en México que no atribuía a ningún otro país.

En México, los diferentes discursos que se pronunciaron, tanto desde la parte mexicana como la francesa, insistían siempre en que Francia y México estaban vinculados por una larga historia de relaciones culturales, que se había mantenido incluso a pesar del apoyo de Napoleón III a Maximiliano de Habsburgo para que éste estableciera un imperio en México en 1861.

Como el simbolismo jugaría un papel central en esta visita, unos cuantos días antes de la llegada del general De Gaulle a México, el embajador de Francia devolvió al presidente López Mateos tres banderas que habían sido tomadas en las batallas de San Lorenzo y de San Pablo del Monté en 1863, y en la de Valparaíso en 1864; habían permanecido en Francia un siglo. Como él mismo insistió en señalar, era la primera vez que Francia hacía una devolución de este tipo a un país con el que había estado en guerra. Gesto de “probada caballerosidad gala”, como lo llamaría más tarde el presidente López Mateos, el cual le pareció tan conmovedor que lo llevó a afirmar que esa restitución borraba “del todo un incidente que no pudo enturbiar jamás la firme

<sup>30</sup> Celis, Macotela, *et al.*, *op. cit.*

latinos, unidos por la misma cultura, por la misma concepción del derecho y de la libertad, por el mismo respeto a la persona humana”.<sup>34</sup> Pero cautelosa, y reconociendo las limitaciones que pesaban sobre la situación mexicana, la parte francesa se limitó a apoyar la exposición de su anfitrión respecto a la no intervención en los asuntos internos de los Estados; en cambio, se comprometió a buscar nuevas fórmulas de comercio internacional para presentarlas en pocos días ante la Conferencia de Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo, para apoyar las exportaciones de los países en desarrollo.

Pese a este despliegue de prudencia, antes de partir el presidente De Gaulle instruyó a su embajador en México: “Plantez-moi un drapeau français ici, aux portes des États-Unis.”<sup>35</sup>

## CONCLUSIONES

La visita del presidente De Gaulle a México plantea primero una reflexión general con respecto a las limitaciones que pesaban sobre las llamadas potencias medias en una situación bipolar. Pese a las obvias diferencias de talla, de grado de desarrollo y, en última instancia, de capacidad de influencia en la política internacional que separaban a México y a Francia, ambos países podían ser clasificados como potencias medias —el primero en el contexto regional y el segundo en el mundial. También había coincidencias en cuanto a que a principios de los años sesenta, los dos gobiernos habían reconocido la importancia de una Tercera Posición en política internacional, pero mientras para uno esa alternativa podía significar una defensa frente a la hegemonía estadounidense, para el otro la política de independencia era una plataforma para la ampliación y el ejercicio de su influencia en el mundo.

Aun cuando fueran más modestos los objetivos de México que los de Francia, su vulnerabilidad ante las presiones norteamericanas era evidentemente mayor, así como la subordinación política que derivaba de los condicionamientos estratégicos. Por una parte, las contradicciones franco-norteamericanas en materia militar o financiera se desenvolvían en un marco de asimetría relativa menor que la existente entre México y su vecino. Por otro lado, en esos años el equilibrio internacional se concentraba en el escenario europeo —a pesar de la crisis cubana, que fue un primer paso hacia el desplazamiento del conflicto

<sup>34</sup> “Texto de la declaración conjunta”, *ibid.*, p. 23.

<sup>35</sup> “Plánteme usted una bandera francesa aquí, frente a las puertas de Estados Unidos”. Offroy, *op. cit.*, p. 272.

soviético-norteamericano a regiones extraeuropeas. Dentro de las prioridades de Washington, Europa ocupaba un lugar mucho más importante que América Latina, rehén del condicionamiento geoestratégico.

Puesto que el gobierno mexicano ya había probado los límites de su política de independencia en marzo de 1964 e incluso antes, el presidente De Gaulle actuó teniendo siempre presente el peso ineludible de la geografía sobre las opciones de su anfitrión. No obstante el reconocimiento de esta realidad, en México, como en América Latina, De Gaulle difundió la leyenda del reino imaginario que era Francia,<sup>36</sup> ante auditorios expectantes, dispuestos a adentrarse en la descripción ideal que el presidente de Francia hacía del futuro:

Estamos en el siglo en que América Latina, encaminada hacia la prosperidad, el poder y la influencia, verá el día que anunció Bolívar solemnemente, el "Día de América", porque ninguna fuerza humana podrá retrasar el curso de la naturaleza.

Treinta años después, la predicción no puede parecer más desacertada. De Gaulle se habría equivocado en América Latina quizá tanto como se equivocó con China, según Jean-Luc Domenach,<sup>37</sup> pero la fuerza del mensaje gaullista nunca estuvo en la precisión de sus horizontes, sino en las imágenes ilimitadas que evocaba cuando hablaba del futuro. En México, y en los demás países latinoamericanos que visitó, el presidente francés reavivó la esperanza, siempre renovada no obstante los numerosos descalabros, de la alternativa europea y, con ella, la de una liberación del asfixiante peso de la geografía.

<sup>36</sup> Jerome Dumoulin, "A la poursuite des royaumes imaginaires", *L'Express*, núm. 2028, 25 de mayo de 1990, pp. 68-69.

<sup>37</sup> Jean-Luc Domenach, "Dès Paris très chinois", *ibid.*, pp. 64-66.